

Sebastián vivía solo, tenía una modesta fortuna en papel, en tierras de cultivo, y su quinta de Almada, llamada el Tocegal. Dos criadas viejas componían toda su servidumbre. Vicenta, la cocinera, era una negra de San Thomas, del tiempo de la madre de Sebastián. Juana, el ama de gobierno, servía en la casa hacía treinta y cinco años; llamaba á Sebastián el *pequeño*. Tenía caprichos de niña, pero se la respetaba como una abuela. Era de Oporto, de *Poarto* como ella decía, porque no había perdido el acento. Un amigo de Sebastián la llamaba "La Característica," Pequeña, gruesa, de cara redonda y jovial, con una sonrisa llena de bondad, y cabellos blancos, con los que formaba un rodete en lo alto de la cabeza, aquel nombre de Característica, le iba á maravilla. Llevaba siempre sobre los hombros un gran pañuelo blanco muy limpio. Todo el día andaba por la casa arrastrando los pies, y haciendo sonar las llaves, murmurando refranes y tomando rapé de una tabaquera redonda, en cuya tapa se veía el puente colgante de Oporto.

Toda la casa tenía un aspecto familiar y amable. En el salón, casi siempre cerrado, los sillones panzudos, y el monumental canapé tenían el aspecto del tiempo de José I. Aquellos damascos de un rojo descolorido recordaban la pompa de aquella corte decrepita. De las paredes del comedor pendían grabados que representaban las batallas de Napoleón. Invariablemente se veía sobre una altura el caballo blanco hacia el que galopaba desenfrenadamente un húsar blandiendo el sable.

Sebastián dormía su sueño de siete horas, sin pesadillas, en un lecho antiguo de madera torneada. La alcoba recibía luz por una claraboya.

Sobre la cómoda con herrajes de bronce un San Sebastián de talla se retorció acribillado de flechas,

entre las cuerdas que le sujetaban á un árbol. Una lámpara alimentada cuidadosamente por Juana, alumbraba día y noche. Toda la ropa encerrada en los cajones estaba perfumada con lavanda.

La casa era parecida al amo. Sebastián tenía ideas rancias. Era un hombre chapado á la antigua. Amaba la soledad. Ya en la clase de latin le llamaban el oso: sus camaradas le ponían rabos de papel, y le robaban la merienda. Sebastián unía á la fuerza de un atleta la resignación de un mártir.

Mas de una vez había sido reprobado en los exámenes del Instituto. Era inteligente pero una pregunta, el brillo de los anteojos de un profesor, la gran mesa negra, le petrificaban y quedaba azorado, con la cara roja, las piernas trémulas, y la mirada vaga.

Su madre, que era de un villorrio, en donde había sido panadera, estaba muy envanecida con sus rentas, su quinta, y su mobiliario de damasco. Siempre vestida de seda, y cargada de alhajas, decía con frecuencia:

—¿Para qué afligir al niño con estudios? ¡Dejadle! Le dejó su padre para comer y beber.

La gran afición de Sebastián era el piano. Su madre, por consejo de la de Jorge, su vecina é íntima amiga, le tomó un maestro. Desde las primeras lecciones, á las que ella asistía con traje de terciopelo encarnado, y cubierta de dijes, el viejo profesor Aquiles Bentes, exclamaba con voz nasal:

—¡Querida señora, su hijo de usted es un genio! ¡Será un Rossini! Es preciso impulsarle.

Pero esto es precisamente lo que ella no quería. ¡Empujar al pequeño! Por esto no fué un Rossini, lo que no impedía que el viejo Bentes continuara diciendo:

—¡Será un Rossini!

Solamente que en vez de proclamarlo blandiendo los rollos de las partituras, lo balbuceaba con bostezos enormes de león aburrido.

En esta época los dos niños vecinos Jorge y Sebastián, eran íntimos. Jorge más vivo, más emprendedor, dominaba á su camarada. Jugaban en el jardín y era siempre Sebastián el caballo cuando fingían alguna diligencia y el vencido, cuando simulaban alguna batalla. Sebastián llevaba las cosas de peso, ofrecía á Jorge su espalda para saltar: en las meriendas comía el pan y dejaba á Jorge las frutas. Esta amistad siempre igual, sin nubes, debía ser durante su vida una cosa esencial y permanente.

Al morir la madre de Jorge pensaron en vivir juntos en la casa de Sebastián que era mayor y tenía jardín. Jorge quería comprar un caballo. Durante este tiempo la soledad le dió por las ideas sentimentales de una unión conyugal. Conoció á Luisa en el Paseo, y por espacio de dos meses pasó los días enteros en la calle de la Magdalena.

Todo aquel risueño plan al que ellos llamaban riendo *sociedad de Jorge y Sebastián* cayó como un castillo de naipes. Sebastián experimentó una gran pena.

Más tarde fué el proveedor de los *bouquets* de rosas que Jorge llevaba á Luisa, después de haberles quitado cuidadosamente las espinas y haberlos envuelto en un papel de seda. Sebastián se ocupaba de arreglar el *nido*. Buscó los tapiceros, discutió el precio de las telas, vigiló el trabajo de los obreros que colocaban las alfombras. Por último arregló los papeles necesarios para la boda.

Por la noche, aunque fatigado de su excesivo celo, le era preciso escuchar sonriendo las confidencias de la de Jorge, que se paseaba en su cuarto hasta las

dos de la mañana, en mangas de camisa, enamorado, hablando y sacudiendo su pipa.

Después del matrimonio Sebastián se halló muy solo. Marchóse á Portel donde tenía un tío viejo, extravagante, de mirada imbécil que pasaba su existencia combinando los injertos de su huerto, y leyendo el *Enrico*.

Un mes después, cuando volvió, Jorge le dijo radiante:

—Ya lo sabes, esta casa es la tuya. Vivirás con nosotros.

Pero nunca consiguió que Sebastián tuviera en su casa grande y entera intimidad. Llamaba á la puerta tímidamente, y se ponía encarnado delante de Luisa. El antiguo oso de la clase de latín reaparecía. Jorge se esforzaba en hacerle cruzar sin ceremonias una pierna sobre otra, en obligarle á fumar su pipa ante Luisa y en prohibirle decir á cada momento encorvándose en su silla:

—Señora mía...!

Jamás vino á comer sin ser invitado. Cuando Jorge no estaba, sus visitas eran breves, se juzgaba tan insípido que temía fastidiar.

Aquella noche, cuando entró en el comedor, Juana le preguntó por Luisita.

El ama de gobierno la adoraba; decía que era un ángel; una blanca flor de lis.

—¿Cómo está, la has visto?

Sebastián no quiso decir como la víspera "que no había entrado porque había gente", y encorvándose se puso á jugar con las orejas de Trajano, su viejo perro de caza.

—Esta buena, Juana, está buena. ¿Cómo quieres que esté? No puede estar mejor.

En aquella hora, recibía Luisa una carta de Jorge fechada en Portel. Contenía largas quejas del calor y de las malas fondas. Hablaba del fantástico pariente de Sebastián. Terminaba enviándole recuerdos y besos. Luisa no esperaba aquella hoja de papel llena de menudas letras que le representaba á Jorge; el recuerdo de su figura, su voz, su dulzura, le causaban una sensación casi dolorosa. Toda la vergüenza de su cobardía y debilidad ante Basilio se presentó á su imaginación. ¡Qué horror haberse dejado abrazar y estrechar, ínterin que él la devoraba con la mirada!... Recordaba todo, su actitud, el calor de sus manos, la dulzura de su voz... Maquinalmente, poco á poco, iba olvidando esos recuerdos; distraída, con los brazos caídos, se abandonaba á ese estado de dejadez que ellos la daban. Pero el pensamiento de Jorge reaparecía otra vez, lastimándola como un súbito latigazo. Se levantó de un modo nervioso y se puso á pasear por el cuarto; sentía un deseo de llorar, de gritar, de romper algo...

—¡Ah! ¡No, esto es vergonzoso! Es preciso concluir,—decía llorando.

Por fin resolvió no recibir más á Basilio, escribirle, suplicarle no volviera, y que partiera. Meditaba

las palabras que le debía de decir, serias, secas y frías: no le diría *mi querido primo*, si no simplemente *primo Basilio*.

¿Qué haría cuando recibiese la carta? ¡Lloraría! ¡Pobre muchacho!

Se lo figuraba solo en el cuarto de la fonda, pálido y desgraciado, y de ahí, siguiendo los declives de su sensibilidad recordó la turbación de aquella mirada avasalladora, el sonido persuasivo de su voz, y su memoria se detenía en estos recuerdos. Con una sensación de dicha, como la mano que se complace en acariciar el suave plumaje de un pájaro raro. Movía la cabeza con impaciencia, como si aquellas ideas fuesen picaduras de insectos importunos; quería pensar solamente en Jorge; pero otras ideas la asaltaban y se consideraba desgraciada.

Sin saber por qué, tenía deseos de estar con Jorge, de pedir consejo á Leopoldina, de huir lejos, á la ventura y... ¡Jesús qué desgraciada era!... Del fondo de su perezosa naturaleza la llegaba una cólera indefinida contra Jorge, contra Basilio contra los sentimientos, contra los deberes, y contra todo lo que la hacía sufrir y agitarse. ¡Gran Dios! ¿Por qué no dejarla en paz?

Después de comer se puso junto á la ventana á leer de nuevo la carta de Jorge recordando todo lo que hallaba en él de bello, en su figura y en sus cualidades. Encontraba argumentos, unos de dicha, otros de sentimiento para amarle, para respetarle. Todo esto sucedía porque él estaba ausente. ¡Si hubiera estado á su lado! ¡Pero tan lejos... y tanto tiempo...! A pesar de todas estas reflexiones, la certidumbre de esta ausencia le daba una sensación de libertad; la idea de poder hacer su voluntad llenaba por momentos su corazón de inmenso contento, como si la animase un soplo de independencia.

¿Pero de qué la servía estar libre y sola? Lo que podía hacer, sentir, poseer, le parecía en lejana perspectiva, que la desvanecía. Era como una puerta abierta y cerrada bruscamente, que dejaba como un relámpago, algo de indefinido, de maravilloso, que conmovía y fascinaba.

¡Oh! Verdaderamente estaba loca.

Anocheceía. Fué al balcón y abrió la ventana. La noche estaba calurosa y sombría. La atmósfera, cargada de electricidad, anunciaba una tempestad próxima. Luisa respiraba con dificultad. Con la mirada fija en el horizonte, formaba proyectos, acariciaba deseos indecisos.

El mozo de la tahona tocaba el *Fado*; aquellos sonidos velados llegaban al alma con la dulzura de un sople cálido, con la melancolía de un gemido.

Apoyó sobre la mano su fatigada cabeza.

Mil pensamientos bullían en ella como lenguas de llama.

Aquellos pensamientos le recordaban un torbellino de cosas; el sombrero nuevo que le había enviado madame Françoise, el tiempo que haría en Cintra, la pereza de las noches cálidas, bajo la obscuridad de la enramada...

Cerró la ventana. Sentada en su cuarto quedó inmóvil pensando en Jorge, queriendo escribirle, llamándole. Esta preocupación desapareció poco á poco como una tela que se rasga en pedazos, detrás de la que apareció con luminosa intensidad, el recuerdo de su primo Basilio...

Los viajes le habían curtido el rostro, el dolor de la separación le había encanecido los cabellos. ¡Había sufrido tanto por ella! Después de todo, ¿dónde está el mal? El había jurado que su amor sería casto, encerrado en su corazón. ¿Por qué no volverle á ver? El pobre que había venido de París tan sólo por

verla una semana ó quince días. ¿No era una crueldad decirle; "No vengas más, vete?,"

—¿Cuando quiere la señora el te?—murmuró Juliana, abriendo la puerta.

Luisa exhaló un gran suspiro, y mandó le aproximasen la lámpara de noche.

El te lo tomaría más tarde.

Dieron las diez, Juliana tomaba en aquel momento, según tenía costumbre, el te en la cocina. El fuego se extinguía. A la luz de la lámpara de petróleo, brillaban las cacerolas de cobre.

—Hoy si que le sucede algo, señora Juana,—dijo Juliana.—Está violenta, suspira. Hay algo gordo.

Juana, al otro lado de la mesa, con los codos apoyados y la cara entre las manos, parpadeaba vencida por el sueño.

—Siempre está usted dispuesta á ver mal en todo,—dijo.

—Es preciso ser tonta para no conocerlo, señora Juana.

Calló y chupó un terrón de azúcar; era una de sus golosinas; le gustaba blanca, refinada.

El azúcar moreno, daba, según ella, al café un sabor de hormigas. Era una de sus contrariedades.

—¡Es todavía peor que el mes pasado! ¡Pero en fin, para una pobre criatura de Dios, todo es bueno! Luego, volviendo á su idea, murmuró:

—Se necesita estar ciego para no verlo, señora Juana.

La cocinera dijo perezosamente:

—Cada uno para sí.

—Y Dios para todos,—suspiró Juliana.

En este momento llamó Luisa con la campanilla.

—¿Qué querrá todavía?—dijo Juliana con la boca llena.—¿Algún capricho?

Volvió de mal humor, con un jarro vacío:

—Aun quiere más agua. ¡Vaya un capricho de chapuzarse á media noche!

Las suelas de sus zapatillas golpeaban el suelo de ladrillo.

Puso el cántaro en la fuente y en tanto que el agua caía con ruido en el zinc, prosiguió:

—Ha dicho que quiere mañana para almorzar, jamón frito, algo salado. Quiere excitantes.

A media noche todo dormía en la casa. Todas las luces habían sido apagadas. Por fuera el cielo estaba cada vez más oscuro. Relampagueaba; sonó un trueno.

Luisa despertó sobresaltada; pero después empezaron á caer con fuerza gruesas gotas de agua; la tempestad sonaba á lo lejos. Escuchó un momento el ruido de la lluvia al caer en la calle: su lecho abrasaba y retiró la ropa; el sueño había huido y echada, con la mirada fija en la vaga claridad que daba la lámpara de noche, escuchando el *tic tac* del reloj, una especie de visión se formó en su espíritu, tan claro, que casi parecía realidad: volvióse en el lecho, alargó sus brazos y abrazó la cabecera, presentando sus labios secos para besar ciertos cabellos negros en los que brillaban algunas plateadas hebras.

Sebastián también había dormido mal. A las seis se levantó y bajó al jardín con zapatillas. Una puerta vidriera del comedor se abría sobre una pequeña galería en la que sólo cabían tres sillas de hierro pintado y unas macetas de claveles. De allí, cuatro escalones de piedra conducían al jardín: este era pequeño, poblado de platabandas de flores, de céspedes bien regados, rosales junto á las tapias, un pozo y un estanque bajo una parrita y algunos árboles terminando por otra galería sombreada por un tilo con un balcón que daba á una calle solitaria: en frente se extendía la tapia de otro jardín blanqueada con cal. En este rincón recogido, con la faz tranquila de una aldea, acostumbraba Sebastián á ir algunas mañanas á fumar un cigarro.

Las seis no habían dado todavía. La atmósfera estaba transparente, el cielo tomaba el color azul de algunas porcelanas antiguas, y aquí y allá una nubecilla blanca, color de leche, cruzaba blandamente; las hojas tenían un verde lavado, el agua del estanque parecía un cristal, los pájaros cantaban cruzando rápidamente.

Sebastián estaba asomado á la calle cuando el

ruido de un bastón golpeando el suelo y el de unos pasos lentos rompieron el silencio.

Era un vecino de Jorge, Cunha Rosado; como si estuviera enfermo andaba lentamente, encorvado, envuelto en una bufanda y un paletó de color de chocolate; su faz estaba surcada de arrugas y su barba era gris, larga y descuidada.

—¿Levantado ya vecino?— dijo Sebastián.

Cunha se detuvo y levantando lentamente la cabeza, dijo con voz que denotaba gran fatiga:

—¡Ah! ¿Es usted Sebastián? ¡Voy á pasear mis dolores, amigo mío!

—¿A pie?

—Antes iba en un burro hasta fuera de puertas, pero dicen me hará provecho un paseito á pie.

Y alzó los hombros con un movimiento de duda, de tristeza y enojo.

Padecía una enfermedad de los intestinos.

—¿Y que tal marcha usted?— le preguntó con interés Sebastián inclinándose hacia la calle.

Cunha sonrió desconsolado, dejando escapar de sus labios pálidos estas palabras:

—¡Marcho, que me marchó!

Sebastián tosió, sin hallar palabra consoladora.

El enfermo descansaba con las dos manos apoyadas en el bastón: de pronto su mirada amortiguada brilló con interés:

—Diga usted Sebastián: ¿ese joven buen mozo que veo entrar todos los días en casa de Jorge, no es Basilio de Brito? ¿el primo de su mujer? ¿el hijo de Juan Brito?

—Sí, ¿por qué?

—¡Yo decía bien... yo decía bien! Y esa obstinada que me sostenía que no.

Entonces explicó lo que quería decir.

—Mi cuarto dá á la calle y como estoy casi todo el

día en la ventana para distraerme... he visto á ese joven vestido á la moda extranjera entrar allí... todos los días. Yo decía: es Basilio de Brito. Mi mujer sostenía que no. ¡Qué diablo! Yo tenía casi la certeza... No tengo cosa más conocida!... Como en tiempo que estuvo para casarse con doña Luisa. ¡Oh! Esa historia la sé al dedillo... Entonces vivía ella en la calle de la Magdalena...

—Sí, es Brito,—dijo Sebastián.

—Bien decía yo.

Quedóse un instante inmóvil, con la vista fija en el suelo; pero volviendo á su voz doliente, dijo:

—Vamos, me arrastrará hasta casa.

Suspiró y abriendo los ojos:

—¿Quién me daría la salud de usted, Sebastián?

Y diciendo adiós con la mano cubierta con un guante de lana obscuro, se alejó encorvado y pegado á las paredes.

Sebastián quedó preocupado. Todos empezaban á fijarse en que un hombre joven y elegante venía en coche todos los días y permanecía dos ó tres horas. ¡Había una vecindad tan próxima y tan maligna!

Después de mediodía salió. Tenía deseo de ver á Luisa, pero sin saber porqué, sentía una gran pena, como si temiera encontrarla de diferente modo que otras veces. Subía lentamente la calle bajo su quitasol, reflexionando, cuando un cupé, que bajaba al trote, se detuvo ante la puerta de Luisa.

Un caballero salió rápidamente, tiró su cigarro y entró en la casa. Era alto, de bigote retorcido y llevaba una flor en el ojal. Comprendió que aquél debía ser el primo Basilio.

El cochero enjugaba el sudor de su frente y cruzando las piernas, se puso á liar un cigarrillo.

Al ruido del coche el señor Paula salió con la

gorra torcida; mirando de través y con las manos en los bolsillos. La carbonera de enfrente, sucia y disforme con la obesidad de la preñez, púsose á mirar también con su cara grasienta. La criada del Doctor abrió precipitadamente la ventana. Paula atravesó con rapidez la calle llena de sol y entró en el estanco. De allí á poco apareció en la puerta con la estanquera, que tenía aspecto de viuda inconsolable. Cuchicheaban y clavaban pérfidas miradas en las ventanas de Luisa y en el cupé. Paula arras-trando sus zapatillas de alfombra, fué á secretear con la carbonera, arrancándola con sus frases una risotada, que la sacudió su amplio seno, y fué á es-tacionar al fin en su puerta, entre un retrato de don Juan VI y dos antiguas sillas de coro, indagando jubilosamente. En el silencio de la calle se oía el teclear de un piano que tocaba un compás de estudio de la *Plegaria de una Virgen*.

Sebastián al pasar, miró maquinalmente á las ventanas de Luisa.

— ¡Qué día de calor. Sebastián! — le dijo Paula inclinándose.

Luisa y Basilio estaban muy tranquilos y contenidos en el salón con las cortinas medio cerradas, en una dulce penumbra. Luisa llevaba un peinador blanco, fresco, resplandeciente, que esparcía un agradable olor de agua de lavanda.

Me presentaré así, se había dicho ella, sin ceremonia.

¡Así la hallaba él tan bonita! ¡Así la quería ver siempre! había dicho Basilio gozoso, como si aquel peinador hubiera sido una promesa de desnudez.

Llegó tranquilo, con el aspecto de un verdadero pariente. No la molestó con palabras atrevidas, la habló del calor, de una zarzuela que había visto la vispera, de antiguos amigos que había encontrado: más apenas si le dijo que había soñado con ella.

¿Y para qué? En su sueño ellos estaban muy distantes, en un país lejano que debía ser Italia: había tantas estatuas en las plazas, tantas fuentes sonoras que caían en pilones de mármol; era un antiguo jardín, en una terraza clásica; flores raras llenaban los vasos florentinos posados en balaustradas de piedra; los pavos reales extendían sus colas y ella paseaba lentamente por las cuadradas losas la cola de su vestido de terciopelo azul. Era una terraza,